
PLAYING AT HER TABLE
FERDINANDO FREGA

JUGANDO EN SU MESA

The Art of Attraction · 02

Pasaron los años, aunque no muchos, y durante las clases y los recreos mi aula era el gimnasio. Entre baloncesto, voleibol y fútbol sala, allí pasaba mi tiempo. Cada vez que un profesor entraba en el aula de verdad y me encontraba allí, se preocupaba por lo que estaba haciendo; pero yo solo había entrado a por ropa seca, por el sudor.

Creía que podía jugar y pasar desapercibido, pero para entonces ya tenía mi moto, una Laverda 125. Vestía bien, y el monedero de mi madre me servía de maravilla siempre que tenía monedas sueltas; si los billetes hubieran estado enteros, nunca los habría tocado. Era la trampa perfecta.

Ella le sacaba el dinero a mi padre mientras dormía y me decía que no dijera ni una palabra, y yo se lo sacaba a ella cuando no miraba. Al fin y al cabo, yo era un chico que se llamaba Frega: en italiano, el que pellizca. Ahahahahaha.

Un día, en el gimnasio, se me acercó una chica guapa, alta y delgada, y empezó a hablar. No hacía falta un contable para calcular su total.

Me invitó a ir a verla. Vivía a veinte kilómetros de la ciudad, y una tarde salí en moto a visitarla.

Cuando llegué, llamé por teléfono a su casa para decirle que estaba en el pueblo y que podíamos vernos, pero ella se resistió, intentando convencerme de que fuera a su casa y conociera a toda la familia, el perro incluido.

Volví a subirme a la moto y regresé por donde había venido. Al día siguiente pasó al ataque, preguntándome por qué no había ido a su casa, y le respondí: no iba vestido para un compromiso oficial, y ni siquiera había traído los anillos.

No me soltó durante más de dos meses. Cada día, la misma pregunta: ¿cuándo nos vemos? Y cada día, la misma respuesta: a ver cuándo está libre mi madre, para que la conozcas.

Y ella: ¿por qué?

Y yo: es esencial que te lleves bien con ella. La pobre está en silla de ruedas; alguien tendrá que cuidarla.

Cuando entendió la situación en la que iba a meterse, no volvió nunca más. Al día siguiente ya no estaba.

Me la encontré unos años después en un supermercado y le presenté a mi madre, en espléndida forma. Leyendo entre líneas, me preguntó qué había pasado, cómo se había recuperado, cómo se había curado, y le respondí: terapia con células madre y la magia de las mujeres.

Mi madre me miró, luego sonrió y me dijo que yo era de verdad su hijo, pero que tarde o temprano alguien me alisaría el pelaje como es debido. Lo que ella no sabía es que yo cambiaba de pelaje a menudo, y que nunca encontraría dos veces la misma versión de mí.

Ferdinando